

Crítica de *El marqués y la esvástica*, de Rosa Sala Rose y Plàcid Garcia-Planas

‘El Gran Hotel Budapest’

Comedia dramática. Narra las aventuras de Gustave H., el legendario conserje de un famoso hotel europeo del periodo de entreguerras, y de Zero Moustafa, un botones que se convierte en su amigo más leal. La historia incluye el robo y la recuperación de una pintura renacentista de incalculable valor, la frenética batalla por una inmensa fortuna familiar y el inicio de la más dulce historia de amor. Como telón de fondo, un continente que está sufriendo una rápida y drástica transformación.

En la cartelera del domingo, *El Gran Hotel Budapest* (Wes Anderson, 2014), disparatada película basada en los relatos del vienés Stefan Zweig (1881-1942).

El fantasioso escritor Stefan Zweig fue capaz de dos cosas: de suicidarse (“creo que es mejor finalizar en un buen momento”) y de escribir *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* (“miedo del propio instinto, miedo del fondo demoníaco de nuestra naturaleza”). Lo primero, después de lo segundo.

En esa especie de faldón literario que es su *Veinticuatro horas...*, publicado en 1929, Zweig se mete en el subconsciente de una dadivosa mujer que lo tiene todo, aparentemente: posición y disposición social, dos niñas divinas y un pudoroso marido que la venera. Pero esta señora abandona el hogar con un joven apuesto, huésped al que acaba de conocer apenas unos momentos antes en una pequeña pensión de la Riviera.

Al subconsciente, a la inconsciencia y a la conciencia se apela en *El marqués y la esvástica* (Anagrama, 2014), crónica sobre los claroscuros del escritor y periodista madrileño César González-Ruano (1903-1965). Sus autores, el reportero y enviado especial de *La Vanguardia* Plàcid Garcia-Planas (Sabadell, 1962) y la historiadora Rosa Sala Rose (Barcelona, 1969), no han moldeado el controvertido personaje. Nada más lejos. En su papel de sirvientes informativos, sigilosos, discretos y con buenas referencias, Plàcid y Rosa han hecho girar el torno de César González-Ruano, esa pluma que frecuentaba el Café Gijón, en la capital de España. Ellos han trabajado el barro de su busto estragado. Ellos han comisariado en sus álbumes de fotos. Ellos le han desnudado, como al pecaminoso rey del cuento de Christian Andersen.

La narración de las vicisitudes de la vida de César González-Ruano constituiría en sí misma el morbosos argumento de la décimo tercera novela ejemplar de Miguel de Cervantes. Quizá, la mezcla seductora y violenta entre *El amante liberal* y *Rinconete y Cortadillo*, y con algo del atroz *El coloquio de los perros*.

Pacífico pero pendenciero; desalmado pero fiel; brabucón pero pusilánime. En el fondo, vanidoso. Y generoso con los de su casta. Gallardo, ruin y mentiroso.

¿Quién era en realidad César González-Ruano? En los años inciertos entre los dos conflictos mundiales, en los oscuros años del nazismo, en los años larguísimos del penoso y maldito franquismo, César González-Ruano representó el *self man*, de buena pechera, opalescente, egregio aun a costa de los demás. El hombre que sobrevivió a sus amigos y a sus enemigos.

Le echaba cara. Le echaba morro. Echaba espumarajos.

No le rompieron la cara. No pagaba sus deudas. Escondía la mano.

Pillo. Alma cándida. Truhán.

Siendo una boca desalada, de palabra fácil y verbo grandilocuente, se convirtió en un periodista deshonesto. Le faltaba empatía. Le sobraba ambición. Le perdía el dinero (la noche, la bohemia, el jaleo).

A partir de 1933, como corresponsal en Berlín del diario *ABC*, César González-Ruano se rodeó de los jerarcas nazis, con los acólitos de la ley para la “protección de la sangre y el honor alemán”. Enviaba los artículos desde la Alemania en la que se marcaba con hierro a los judíos (“antisemita oportunista”).

Por aquella época, y por el contrario, su colega de profesión Eugenio Xammar mantenía la calma, tenía la cabeza bien fría, y no se bajó los pantalones. Xammar vio con sus ojos lo evidente, y recogió los pedazos de la realidad. “Con breves y sencillas palabras [Adolf Hitler] promete la felicidad general”, escribía Xammar para *Ahora*, el diario de Chaves Nogales. Supo interpretar las señales que tendrían como colofón el exterminio, la aniquilación final, el holocausto (“depuración”, como lo define el filólogo Victor Klemperer en *LTI: La lengua del Tercer Reich*, quien alertó del “uso mecanizante de la lengua”).

Ruano prefirió vivir a costa de, a cuento de, a expensas de. Jugó con la vida de los perseguidos, se lucró gracias a ellos, traficó con carne humana. A sabiendas de que el piso en el que se alojaba había sido la casa de una familia que tuvo que partir con lo puesto, lo expolió sin pensárselo dos veces.

Del capítulo “La gangrena parisina”:

No es difícil imaginar dónde se podían encontrar pinturas y antigüedades en aquel París: ante el avance alemán, muchos miles de judíos salieron precipitadamente de la ciudad hacia la zona libre, y los muchos miles que seguían atrapados en la metrópoli hacían todo lo posible para largarse. Sus pinturas y muebles antiguos quedaban atrás, en los pisos que habían abandonado a toda prisa con un par de maletas. Y Ruano tuvo la suerte de poder ocupar una de esas viviendas.

Hasta la Gestapo llegó a desconfiar de él; tales chanchullos se traía entre manos.

“Ruano es un aventurero dañino que en Berlín se hacía pasar por marqués, fue subvencionado a lo grande por el Ministerio de Propaganda y se marchó de Berlín a la estampida dejando atrás grandes deudas. Ahora vive aquí con un gran tren de vida, al parecer de trapicheos en el *marché-noir*, de proxenetismo y del tráfico de salvoconductos. He avisado al Servicio de Seguridad”, anota en una carta el doctor Wissmann, otro de los estafados por Ruano, en el capítulo que lleva por nombre “Ein übler abenteurer”.

¿Era malo Ruano?

“Él jamás odió a los judíos, nunca deseó la muerte de un ser humano. Su culpa provenía de la obediencia”, aseveró Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén*. La filósofa que acuñó la expresión “banalidad del mal” diseccionó los perfiles contrapuestos como el de nuestro protagonista.

No era malo, no. Solo un arribista convencido de que su gloria estaba cerca. No en vano, se hizo nombrar marqués de Cagigal.

Un donjuán. Un bribón. Un astuto adulator que embelesaba, engatusaba y embriagaba a las señoritingas y a los mandamases de sus maridos. Se regía por su propio código de subsistencia. En resumen: arrímate al poder y obtendrás prebendas.

La crónica del corresponsal de guerra de *La Vanguardia* Plàcid Garcia-Planas y de la historiadora Rosa Sala Rose se lee como una novela de piratas de Emilio Salgari. El príncipe de Borneo Sandokán de *Los misterios de la jungla negra* podría haber sido Ruano. Ganas no le faltaban.

Este libro que recorre media docena de países, una veintena de archivos y la bibliografía de numerosos testigos de la época comienza con un esmoquin y finaliza brindando con champán. Como si los dos autores hubieran asistido a la gran fiesta de aniversario por los héroes de una revolución perdida. En efecto, la vida de Ruano ha sido una gran tarta de cumpleaños, incluido el premio de periodismo González-Ruano, que ha otorgado hasta este año la Fundación Mapfre, con la que colabora la Infanta Elena.

Artículo 2 de las bases: “El premio se concederá atendiendo a la calidad literaria de los artículos, y a su interés general como reflejo de algún aspecto de la realidad viva de nuestro tiempo”.

El marqués y la esvástica. César González-Ruano y los judíos en el París ocupado se ha escrito a cuatro manos, con el acierto de los diálogos cruzados entre los dos investigadores. Al igual que hicieron Woodward y Bernstein en *Todos los hombres del presidente*, que apilaron en un dietario las piezas de su vademécum sobre la Sala Oval de la Casa Blanca, Rosa y Plàcid cuestionan su trabajo, se interrogan afanosamente, se reconcomen. Quizá porque terminan auxiliando al hombre, a Ruano: no le fustigan, hacen que expíe sus culpas; tampoco le juzgan, le escuchan; le ayudan a que caiga de su pedestal, como un ángel niño. Y por eso le entienden, porque es igual que todos nosotros: blanco y negro, turbio y malvado y, a la vez, sentido e inocente.

¿Quiénes somos? ¿Somos realmente quienes somos? ¿Somos lo que los demás quieren que seamos?

De este caleidoscopio epicúreo trata *El atentado*, novela de Yasmina Khadra: la mujer de Amín Jaafari, insigne doctor de origen palestino, se inmola en Tel Aviv. El doctor creía conocer a su mujer. Y resulta que no la reconoce. “La razón se ha roto los dientes”, se desespera.

Como Sihem, Ruano es cal y arena.

Paradójicamente, al Céline español se le ama desaforadamente en los círculos madrileños de la farándula mediática, lo cual daría material para una nueva paja mental de Woody Allen: ¿la *costra* madrileña se enroca porque se toca a uno de los suyos?

¿Los sagrados adalides de la cultura oficial no admiten los rasgos contradictorios?

¿Por qué la periodista Amelia Castilla, en su texto sobre Ruano en *El País* del pasado 2 de marzo, justifica las bravatas de este individuo? “[escribía] artículos con las dosis de antisemitismo que marcaba la época”, le exonera. Desafortunado comentario. Otros se liaron la manta a la cabeza y combatieron cualquier dosis de antisemitismo, aborrecieron el totalitarismo, lucharon contra la tiranía.

¿A qué cajón de la cómoda relegamos las actitudes coherentes de estos otros intelectuales, las mentes preclaras, los que se mojaron, como el furioso Pablo Neruda del poema “El general Franco en los infiernos” (“desventurado, ni el fuego ni el vinagre caliente/ en un nido de brujas volcánicas, ni el hielo devorante,/ ni la tortuga pútrida que ladrando y llorando con voz/ de mujer muerta te escarbe la barriga/ buscando una sortija nupcial y un juguete de niño/ degollado,/ serán para ti nada sino una puerta oscura/ arrasada”), el republicano Ferran Planes y sus memorias, *El desbarajuste* (“huimos de nuestro país por miedo, por asco y por vergüenza”), y el poeta Antonio Machado, con sus vesánicas y sinceras notas de prensa, quien erró por la piel ibérica de la mano de su anciana madre (“porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo”)?

¿Por qué no se puede escribir sobre los intocables con la misma fuerza que *El libro negro del comunismo*?

Sin ir más lejos, Camilo José Cela (1916-2002), trece años más joven que Ruano, fue un chivato del régimen franquista (“que habiendo vivido en Madrid [...] cree poder prestar datos sobre personas y conductas que pudieran ser de utilidad”).

Preguntas preguntas preguntas.

El marqués y la esvástica es un gran interrogante, insidioso, desclasificado, oportuno.

“¿Qué ‘pruebas o testimonios’ cabe esperar de unos judíos perseguidos a ambos lados de las fronteras andorranas, abandonados o asesinados entre las rocas y la nieve?”, se pregunta Rosa.

“Y el antisemitismo de Ruano ¿de dónde surge?”, se pregunta Plàcid.

El fantasioso escritor Stefan Zweig fue capaz de dos cosas: de escribir *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* (“miedo del propio instinto, miedo del fondo demoníaco de nuestra naturaleza. Y parece que muchas personas experimentan cierto goce en juzgarse más fuertes”). Y, temeroso de que el Tercer Reich se extendiera por el mundo, de suicidarse. Lo primero, antes que lo segundo:

"Creo que es mejor finalizar en un buen momento y de pie una vida en la cual la labor intelectual significó el gozo más puro y la libertad personal el bien máspreciado sobre la Tierra".

Zweig no transigió con los nazis. Ruano, sí.
Jesús Martínez